

CICATRICES

(Cuento para adultos)

M. Ángeles Alós Conejero

CUENTO DE VERANO

Tengo cicatrices en la cara,
las del alma prefiero no contarlas.

Perla Borao Aguirre

LOS FAROLILLOS ROJOS

Reyes Esteban

Primer Premio

CICATRICES

(Cuento para adultos)

M. Ángeles Alós Conejero

Pero... ¿Cómo es posible? Me voy y nadie parece notarlo. ¡No puedo entenderlo!. No comprendo que pasen a mi lado sin tomar conciencia de lo que me está ocurriendo y de cómo se va a transformar mi vida. Sus caras inexpresivas, como de jugadores de póquer, se mueven con indiferencia alrededor de otras igualmente frías e insensibles. Les da igual cómo giran las vidas de la gente que con ellos se cruza; no se dan cuenta de los vuelcos de la mía, ni del rumbo de las de los demás. Van a sus cosas sin perder tiempo en buscar o encontrar y mucho menos en entender o conocer... Se sienten seguros caminando en la misma dirección de siempre, con pasos medidos y similares en uno y otro sentido, que dejan huellas más o menos profundas, dependiendo de la fuerza que imponen al caminar. Marcas cansinas por el paso de

los años en los más viejos o esas adolescentes y vigorosas de la juventud que me queda ya tan lejana y otras, las más, las de los adultos; firmes y decididas, con la seguridad y el aplomo que proporciona el caminar rutinario, durante mucho tiempo, hacia un mismo lugar. Y están ahí, muy cerca de mí, pero los percibo tan distantes... ¿Es que no me ven? ¿Cómo pasan a mi lado sin mirarme? No notan mi despedida, ni mi paso inseguro llevando las maletas en esta mañana tan distinta a las demás. No; no lo notan. Ni lo ven, ni lo sienten.

Pero ni siquiera las calles parecen darse cuenta, a pesar de que lo saben todo de mí. Mis calles son estrechas, pero siempre me parecieron luminosas y amplias. Y hoy, más que nunca, por el deseo de conservarlas así en mi retina. Mis amigos dicen que no soy objetiva cuando hablo de ellas. Y es verdad; no quiero ni puedo serlo, porque nací y sigo en ellas, las conozco y me conocen. Las recorrí en juegos infantiles, cientos de veces y también fueron testigo mudo de los primeros besos robados en la adolescencia. Con ellas compartí muchas de mis ilusiones y siempre creí que serían el lugar por el que pasearían mis recuerdos cuando llegara mi vejez. Y

ahora... ¡cómo va a cambiar mi vida cuando las tenga lejos y cuanto las echaré de menos!

Intentando alejar esos pensamientos, sigo caminando con mi equipaje mundano en las manos, rodeada de recuerdos y nostalgias, de las cosas buenas y de las que no lo son tanto, de alegrías y penas; esas cicatrices que quedan en el alma. Y un día más, como de costumbre, miro a la gente con la que me encuentro para descubrir sus secretos escondidos. Frente a mí, una mujer vestida y maquillada discretamente, que ofrece sus manos a dos niños. Se la ve satisfecha en su compañía. Y sus ojos claros se iluminan con una mirada condescendiente. El chiquillo a la izquierda, sonrío burlescamente a la niña que llorando, a la derecha, es casi arrastrada por la madre. O... ¿es a la inversa?; mano derecha sonriente, mano izquierda que llora... Qué confusión en mi mente. Pero eso no es importante, no debo pensar, sólo andar y dejarme llevar. Sigo mirando y pocos pasos tras ella, un hombre impecablemente trajeado, con repeinadas canas y un maletín de ejecutivo en la mano. Marcha seguro y ligero ¿hacia el trabajo?. Al llegar a mi lado, su cara me resulta familiar, pero sin embargo él no parece reconocerme. Ni nos saludamos ni nos decimos adiós.

Es un día soleado, pero siento frío. Una profunda nostalgia que me duele en el alma como una cicatriz incapaz de cerrarse ¡qué malas son de curar las cicatrices del alma!. Y ahora, con mis heridas abiertas sigo mi descenso hacia ese tren que me llevará a una ciudad desconocida para empezar mi nuevo trabajo. Todavía no creo que me voy lejos de aquí; de todo y de todos. Un cambio inquietante. Y mi ciudad con parte de mi vida, despidiéndose de mí y yo... de ella.

Pero sigue, no te detengas, no tienes tiempo para pensar porque tu tren está a punto de salir y no puedes perderlo. Tres personas más suben a mi vagón. ¿Son hombres o mujeres? No puedo precisarlo y eso me desconcierta, pero aunque lo intento, no soy capaz de distinguir más que formas manchadas de colores desconocidos sacados de un cuadro velado. Dejo mis cosas y me acomodo al lado de la ventanilla para ver pasar la vida a través del cristal. El ferrocarril va tomando velocidad hasta que árboles, puentes y casas se suceden tan desordenada y rápidamente que cierro los ojos para evitar marearme. No pasa nada, el viaje es largo y puedo mirar luego. Sin embargo, en unos minutos el tren se

detiene y al abrir sus puertas oigo anunciar nuestra llegada por la megafonía de la estación. Eso tiene el tiempo; que su discurrir es caprichoso. Y hoy, aunque me duela, me lleva rápidamente a mi destino. ¿O es que me habré quedado dormida? Sí, seguramente eso debe de ser.

Bajo entre prisas y caras inconcretas. Gente de vidas ajetreadas que me empuja, caminando incesantemente hacia arriba, hacia abajo, a un lado y al otro. Pasos apresurados que suben escaleras mecánicas y otros igualmente acelerados que las bajan, el ruido constante de las ruedas chirriantes de los portaequipajes y los gritos de las gentes que intentan hacerse oír por encima del barullo reinante. Busco ansiosa la puerta de salida. Tengo que llegar a la calle y respirar aire puro. Un letrero me dirige, pero... ¡nada ha cambiado!; la misma agitación en la gente que camina por las aceras y los sonidos permanentes de las bocinas de los coches en las calzadas. Intento alejarme con rapidez y confío en que si miro arriba, veré el cielo y me calmaré. Pero... ¿dónde está el cielo? Los enormes edificios que parecen tocarlo lo devoran y a mí con él. Qué insignificante se ve mi cuerpo menudo entre estas moles de cemento. Me arrinconan entre unos y otros y me duelen sus aristas cortantes. Esta ciudad me agobia y hace que

me sienta perdida. Sin poderlo controlar, mi pulso se acelera y un sudor frío moja mi frente. Además... ese ruido martilleante y repetitivo que no sé de dónde viene me angustia y desagrada. ¿Podré sobrevivir aquí? Bajo la mirada por un momento, para no ver cómo me engullen las casas y al abrir los ojos descubro un cartel luminoso con grandes letras en el que se lee: “Se reparan cicatrices. 1^{er} piso”.

Sin dudarlo, dejo ese inservible equipaje en el patio y comienzo a subir las escaleras con las nostalgias y heridas dispuestas a curarse. Un tramo, otro... pero no parecen tener fin. No lo comprendo; es sólo un piso y resulta un camino tan largo. Sigo subiendo, pero estoy cansada y apenas me quedan fuerzas. De nuevo aparece el hombre trajeado que ahora sí reconozco; es Andrés que mira hacia donde estoy. Pero ¿qué hace aquí, en esta casa, tan lejana a la suya?... no importa, me ayudará a salir de este caos. Pero ni hace un gesto al verme o tal vez ni me ve, pasando de largo sin detenerse. Intento gritar para llamar su atención, pero ninguna palabra sale de mi garganta. Ni me oye ni me oigo. Estoy sola, rodeada de gente extraña en una ciudad ajena y fría. Me repliego sobre mí misma y

rendida me siento en uno de los escalones, esperando... no sé muy bien qué, pero ¡algo que me saque de aquí!

Otra vez el mismo ruido de antes, tan martilleante y tan repetitivo, sin saber de dónde procede. Un sonido agudo y penetrante como el de un despertador... ¿un despertador? ¡Sí, eso es! Mi despertador que me habla en su lenguaje único y machacón y que calla en el momento que una mano precisa asoma bajo las sábanas blancas y detiene ese ruido, sacándome de ese sueño.

Al despertarme, sonrío aliviada cuando compruebo que todo a mi alrededor sigue como el día anterior; su pelo en la almohada, mi habitación luminosa, la casa acogedora, los vecinos sonrientes, el cielo en lo alto, las calles estrechas e íntimas y mi ciudad callada, tranquila y generosa. Mi vida apacible me da los buenos días y con un café humeante en la mano, despido con calma los ruidos amargos, los edificios soberbios e inhumanos, las mentes agitadas, las penas y melancolías y también les digo adiós y para siempre, a las cicatrices de mi alma.

Segundo Premio

CUENTO DE VERANO

Tengo cicatrices en la cara,
las del alma prefiero no contarlas.

Perla Borao Aguirre

A veces, las cicatrices, las huellas, las dejan nuestros pacientes en nosotros. Algunos de ellos se meten en nuestras vidas por alguna de las rendijas que asoman en nosotros al derrochar nuestra afectividad con ellos.

Esta pequeña historia que quiero contaros sucedió hace muchos años... cuando aquella chica llena de ilusiones se vaciaba con cada uno de sus pacientes, venía con la maleta cargada de buenas intenciones, de deseos de hacer bien las cosas, de sentirse útil, de poder solucionar los problemas que sus pacientes le plantearan, en definitiva, en aquellos tiempos en que no existía el desaliento, ni el cansancio ni los problemas podían erosionar esa voluntad rocosa por la elección tomada, esa entrega por su profesión, cuando todavía éramos muy jóvenes, más sensibles y vulnerables.

Ocurrió, pues, en un día de guardia cualquiera, con un paciente cualquiera, uno más entre tantos y tantos, en que después de ofrecerle todos los desvelos, se tiende a olvidar, para poder seguir adelante. Y entre tantos y tantos pacientes, hubo uno que le dejaría un recuerdo inolvidable, no sólo a ella, sino también a su familia, sobre todo, a su pequeño hijo, para el que esta historia serviría de cuento, de relato, mil veces repetido como ceremonial de mesa, como excusa para estimular el apetito, para impulsar su imaginación y transmitirle la enseñanza de un niño chico. Esta historia la escucharía de la voz de su madre repetidas veces, quien le contaba y recontaba las hazañas de ese niño de cuento además de otros muchos relatos, algunos relacionados con su quehacer diario, narrados con el propósito de transmitirle experiencias, que le sirvieran de aprendizaje en la vida que acababa de emprender.

Y de esta manera, este paciente no quedó en el anonimato, todavía perdura en la memoria, sigue teniendo nombre después de 25 años y su huella más o menos importante ha sido transmitida. Se llamaba Alejandro, los apellidos fueron olvidados, pero no su huella; su nombre y su hazaña, siguen presentes.

Se trataba de un niño, un pequeño héroe de 6 años, a quien la propia sabiduría que atesoraba, le sirvió de ayuda en el momento hasta entonces más difícil de su vida. Todavía lo recuerda: rubio, menudo, con cara de pícaro, de felicidad, cara de superviviente, de la mayor gesta vivida hasta entonces. Rememoraba a uno de aquellos niños que presentan en muchas películas como héroes infantiles. Era un niño con mente de adulto, niño viejo que dicen los mayores. La sabiduría que le había proporcionado su medio, su mundo rural, le aportó recursos de supervivencia, no precisó de cursos especiales, de esos que hacen algunos adultos de grandes ciudades, para adiestrarse en situaciones difíciles, en un medio adverso para ellos. A veces las circunstancias obligan y la falta de amigos con quién compartir los juegos, te convierten en un explorador solitario que escudriña en los secretos de la Naturaleza, que convierte en compañeros a todos esos seres pequeños que llenan de vida el campo. Esos que ocupan tus largas horas de ocio, en esa edad en la que la curiosidad por todo lo que nos rodea, no tiene límites. Cuando cualquier sonido extraño hace volar tu imaginación, te hace investigar, para localizar, qué tipo de especie vive en ese rincón, que

insecto es el que ronronea en tu oído. Cuando el tiempo se hace escaso a pesar de largas horas de luz, para poder encontrar algún escondrijo de serpiente, u observar cómo las nubes cambian de aspecto, avisan de que cae la noche, de que la luz se extingue en una masa roja de fuego, se quema el horizonte.

Hacía tiempo que Alejandro tenía un sueño: atrapar un nido de gorriones, para poder tener alguien a quien cuidar y proteger, para hacerse su propia granja... En sus repetidas escapadas fue localizando una arboleda con muchos pájaros, seguro de que entre tantos podría coger un nido, atisbaba alguno un poco alto, pero imaginaba que llegaría hasta ellos. De esta forma aprovechó una tarde soleada y, en total secreto, asegurándose de que ni su perro ni nadie le seguían, cogió su bicicleta y con ritmo firme empezó a pedalear hacia su objetivo. Una vez en la arboleda eligió un árbol y como un felino comenzó a trepar hasta el ansiado nido; trepó hasta la última rama que pudo sostenerlo, cuando ya casi rozaba su nido, a pesar de la levedad de su cuerpo, la rama no soportó la embestida, se quebró y Alejandro cayó al suelo con la rama entre sus piernas. Descubrió de pronto la magia de la naturaleza

que, pese a creer conocerla, siempre sorprende y acaba por convertirse en una trampa.

De pronto Alejandro despertó de su sueño; el simple e ingenuo sueño de atrapar un gorrión, se convirtió en un sueño inalcanzable para un niño de esa edad. Una vez más la naturaleza había ganado, aunque fuera a un buen inquilino esta vez, casi a un experto. No pudo superarla, fracasó su plan y tuvo que hacer frente a las dificultades. Además de no haber conseguido su presa se encontraba herido en el suelo en medio del campo, no podía moverse, tenía un dolor intensísimo en su pierna, y algo extraño se asomaba por el borde de la pernera de su pantalón. Vio una gran mancha de sangre, un líquido rojo y caliente que se escurría por sus piernas y salía a borbotones.

Estaba en un aprieto, quiso llorar pero su padre le había dicho que los hombres no lloran, así no solucionaba nada. Comenzó a gritar a pedir ayuda, oía a lo lejos a vecinos que volvían del campo, ruidos de tractores, pero ninguno le escuchaba. Entonces recordó que en las películas que veía en el cine a veces los vaqueros o los soldados heridos fabricaban torniquetes para controlar las hemorragias con trozos de ropa. Alejandro repasó la ropa

que llevaba, no tenía nada para poder cortarla y decidió utilizar sus calcetines como vendaje, pero primero tenía que quitarse los zapatos y no podía moverse; entonces, aprovechando la rama del árbol, hizo un esfuerzo y con mucho cuidado introdujo la rama en su zapato tirando de él, hasta conseguir quitarse los dos zapatos. Ahora tenía que retirar los calcetines y de la misma forma se desprendió de ellos y los cogió con la misma rama, haciendo después un nudo con ambos alrededor de su muslo, apretando fuerte hasta que parase la hemorragia.

En el pueblo, la madre de Alejandro estaba extrañada de que no volviera a la hora de la merienda, pero pensó que se habría entretenido, *estaría jugando*. Cuando el padre volvió del campo sin noticias de él, comenzaron a impacientarse. Salieron a la plaza donde solía jugar, preguntaron a los vecinos y nadie daba referencias de su paradero. Según acontece en el medio rural ante estas adversidades, el derroche de solidaridad de los vecinos y la buena voluntad hizo que pronto organizaran la búsqueda del chico. Rastrearon calles, descampados, salieron al campo en cuadrillas, unos a pie, otros en sus tractores y algunos en sus “Land-Rover”, todos ellos muy preocupados pero orgullosos de poder

ayudar a sus vecinos, colaboraron en la difícil tarea de localizar al niño.

Entre tanto, Alejandro escondido en ese enjambre de ramas ni siquiera podía ver el cielo, sólo apreciaba que poco a poco se apagaba la luz. Muy de tarde en tarde veía alguna luz lejana que suponía que era de algún vecino que volvía a casa, quería gritar pero el esfuerzo era inoperante, no conseguía que le oyeran.

De pronto, escuchó a lo lejos un eco que parecía repetir su nombre, poco a poco oía más claramente los sonidos, empezó a vislumbrar luces lejanas y después ruidos de tractores y coches que se acercaban. Estaba salvado, ahora lo encontrarían, tenía que gritar muy fuerte, esperar, resistir, guardar las fuerzas para cuando estuvieran más cerca y pudieran oírle. Con sus gritos les guiaría hasta allí, no sería fácil, el lugar estaba muy escondido, ya se había encargado él de elegir un sitio que estuviera a salvo de todo.

Cuando felizmente fue encontrado, entre llantos, riñas y besos, preocupados por las lesiones que

adivinaban, pero orgullosos de su hazaña, lo trasladaron con precipitación en el *todoterreno* de su vecino hasta la Residencia Sanitaria de Teruel. Habían cumplido su objetivo y, aunque abatidos por las lesiones del chico, se regocijaban al ver a su héroe feliz, como actor principal de la historia que deseaban y esperaban que pudiera terminar bien.

Cuando Alejandro llegó a nuestro hospital tenía sus ropas y cuerpo manchados de sangre, los pantalones cortos dejaban entrever una herida por la que asomaba un fragmento óseo, el torniquete elaborado con unos calcetines de niño usados. Su cara serena, de rabia, desilusión y a la vez de euforia, de campeón de una batalla ganada contra los elementos. Cara de niño “resabido”, con la expresión de haber disfrutado con su hazaña, y que además podía contarla, presumir con las gentes y con esos “niños de ciudad” que vienen en verano al pueblo y no saben nada... Entonces, derrochaba ternura, relatando cómo había ocurrido todo, dejando a todos sorprendidos de la sabiduría y de los recursos de los que disponía un niño de esa corta edad, capaz de afrontar todo con tanta serenidad.

Las lesiones de Alejandro, entre otras una fractura abierta de fémur, evolucionaron favorablemente. Sus heridas, sus cicatrices, seguirán en su cuerpo ya de adulto. Desconocemos cómo estos hechos habrán influido en su vida, en su mente, pero para ella, para mí, ese paciente fue único, dejó su huella, su pequeña cicatriz afectiva.

Tercer Premio

LOS FAROLILLOS ROJOS

Reyes Esteban

Estaba terminando de curar a un paciente, cuando una compañera me llamó.

-Teresa, pásate por el *box* que te quieren saludar.

Me despedí de aquel paciente dándole unas recomendaciones, y me acerqué.

-¡Hola Asun! ¿Qué tal? ¿Qué ocurre?

Nos dimos dos besos y me contó que venía con su sobrino para que le explorasen el tobillo.

- Hace días que no sé nada de ti, ¿dónde te metes?

- He estado liada. Y tú, ¿qué tal llevas el verano?

- Tenía muchas ganas de que llegara, estaba cansada de críos que no te hacen ningún caso.

Mientras exploraron a Miguel, Asun me contó que se iba de viaje a Croacia, con los compañeros del instituto. Yo aquel verano tenía las vacaciones en agosto y no había hecho ningún plan. Nos

despedimos y quedamos en llamarnos por la noche, para contarme algo más y animarme a ir.

Estaba terminando la maleta, sólo me faltaban los pendientes. Lo tenía claro, cogería un par para cada día, pero esta vez me iba a llevar unos especiales, estaban hechos en aquel país. Todavía guardaba la tarjeta del orfebre donde estaba la dirección y unas palabras escritas a mano que nunca había podido descifrar, salvo “muchas gracias”.

Había sido curiosa aquella historia y la recordaba como el primer día.

Era septiembre y en Teruel, en esas fechas, se celebra una semana internacional de folklore, aquel año uno de los países invitados era la antigua Yugoslavia. Junto a los grupos folklóricos se desplazan artesanos, que montan pequeños puestos de venta de objetos artesanales de cada lugar. Por la mañana me acerqué y después de dar unas vueltas me dirigí a uno de ellos. Vi unos preciosos pendientes que me gustaron, cuando la chica me los estaba envolviendo se acercó a nosotras un hombre que se puso a hablar con ella, yo no lograba entender nada, sin embargo pude captar que el artesano no los quería vender, pero tras intercambiar algunas frases, la chica me los envolvió y me marché encantada. Aquella misma tarde fui a trabajar con ellos puestos y qué sorpresa

la mía, cuando en una de las camas de observación encontré a la persona que me los había vendido. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa, el hombre no me hizo mucho caso, el dolor le tenía ausente.

La chica y otra mujer mantenían una conversación tensa, las dos lloraban. Me intrigaba aquella situación pero me mantuve al margen. Cuando llegué a casa y escuché las noticias supe el motivo por el cual aquel paciente y sus acompañantes estaban angustiados. Había estallado la guerra de los Balcanes.

Por la mañana fui a trabajar pensando en ellos. ¿Cómo estarían? Comprobé que el hombre todavía estaba ingresado. Cuando me vieron entrar en la sala, una de las mujeres se dirigió hacia mí y me explicó que el paciente quería el alta voluntaria. Mantuvimos una pequeña conversación a través de la intérprete. Me informaron del comunicado de su embajada, debían regresar de inmediato al país. Me puse a preparar el informe y les proporcioné un pequeño botiquín con analgésicos y relajantes para mitigar el dolor del cólico renal que no le había remitido. Recuerdo todavía la cara de desesperación que tenían al marcharse, y también la que pusieron los compañeros cuando a las pocas horas, apareció la intérprete con un ramo de flores y la tarjeta que conservo junto a los pendientes

Estaba claro, en este viaje debía llevármelos, desde luego eran especiales, se notaba que tenían algo; realizados en plata, con broche a presión colgando unos dos centímetros y rematados con un pequeño coral rojo a su vez envuelto en una filigrana de hilo. Siempre me habían recordado a los farolillos de esos jardines chinescos que aparecen en las películas.

Comimos en un restaurante del centro de Dubrovnik, yo llevaba la tarjeta en la mano dispuesta a preguntarle a nuestra guía si sabía de la existencia de aquella dirección.

- Desde luego que conozco la tienda, la sobrina de Herman es mi amiga. ¿Cómo es que le conoces?

Le conté la historia. Al día siguiente, cual fue nuestra sorpresa cuando Iva, nuestra guía, nos contó que la familia de su amiga Janika nos quería conocer, de modo que si nos parecía bien al día siguiente podíamos comer en su casa.

Nos obsequiaron con los platos más típicos de la zona. Fue muy agradable conocerlos, los padres de Janika, su hermana Ania de cinco años y la abuela, que permaneció durante toda la comida balanceándose en la mecedora envuelta en sus pensamientos y haciendo caso omiso de nosotros.

Yo sentía en el estómago ese gusanillo que me impide comer e hice verdaderos esfuerzos. Para distraerme decidí jugar con la pequeña, no dejaba de tocarme los pendientes, que años atrás le había comprado a su tío, el cual apareció a media tarde.

La conversación cada vez era más fluida, tanto Janika como su madre hablaban un poco de castellano, la una lo que había aprendido en la universidad y la otra viendo culebrones hispanoamericanos subtítulos ¡era curioso su acento mejicano!, también pude comprobar que Herman conocía nuestro idioma, nos contó que al vivir en una ciudad tan turística y tener una tienda de artesanía tuvo que espabilarse y aprender un poco de inglés, alemán, italiano y español.

El orfebre estuvo en todo momento muy cordial y respetuoso pero algo distante y sobre todo esquivo y cortante, cuando en la conversación surgió el tema de su viaje a España, pensamos que recordar aquella situación les traía recuerdos de la guerra y no volvimos a insistir.

Nos despedimos entusiasmados, todos estábamos contentos de haber podido compartir un tiempo con personas de un país diferente y comprobar que en cualquier lugar las ilusiones, las esperanzas, los objetivos de vida y los valores son los mismos. Intercambiamos los

correos electrónicos y prometimos volver a vernos. Los cinco regresamos al hotel, gozosos, aunque con una pizca de tristeza, haber conocido a la familia Mestrovic sin duda sería la mejor experiencia de aquel viaje.

¡Cuando contase en el trabajo lo sucedido, no se lo iban a creer!

Otra vez la rutina, empezaba el mes de octubre y continuaría con los cursos de informática, la papiroflexia, y, por supuesto, la fotografía.

Desde que había vuelto de Croacia no dormía bien, tenía pesadillas en las que aparecían aquellas personas con su casa destruida y yo era la única que les podía ayudar.

Mantenia correos con Janika, ella me enviaba fotos de su familia de antes de la guerra y del desastre de después, había visto cómo las huellas del conflicto se habían apoderado del rostro de la abuela, de su tío y de sus padres. Janika era una niña pequeña cuando estalló y afortunadamente aquello para ella estaba olvidado, por eso quizás no tenía tantos reparos a la hora de enviármelos, o tal vez le empujaba a ello sus estudios de sociología. Me intrigaba la figura de una mujer que aparecía en las fotos al lado de Herman ¿sería su pareja? ¡En el próximo correo se lo iba a preguntar!

El domingo por la tarde abrí el correo, Janika como siempre no faltaba a su cita. Compartíamos nuestros proyectos, yo le intentaba enviar los últimos artículos que encontraba sobre los países balcánicos, ella me contaba de su familia y también me proporcionaba recortes de prensa relacionados con el mundo de la fotografía. Aquel día me contó algo más de la tragedia. Me enteré de que Zinka, la esposa de Herman, y su padre fallecieron en uno de los bombardeos y desde entonces los padres de Janika se hicieron cargo de Herman y de su suegra, la mujer no había podido superar aquello y desde hacía catorce años estaba sumida en un letargo que sólo algunos momentos la alegría de la pequeña de la familia podía disipar.

Aquella tarde estaba aburrída, abriría el ordenador y vería el correo.

Me puse taquicárdica al leer el remite. Era Herman Mestrovic. Respiré hondo y con la mano algo temblorosa le di un clip al ratón.

“Ayer cuando llegué a casa después del trabajo, me encontré a Ania en mi habitación, llevaba puestos unos pendientes, cuando la vi con ellos le reñí y empezó a llorar, creo que me excedí con los gritos, pero hasta entonces nadie se había atrevido a registrar en mis cosas y mucho menos a ponerse aquellos pendientes que yo guardaba en una caja como mi mayor tesoro.

Zinka y yo hicimos el viaje de novios a España donde montamos aquel puesto. Cuando te acercaste a comprar los pendientes no quería venderlos, eran una réplica en plata de los “farolillos rojos” mi regalo de compromiso para ella.

Una mañana hace catorce años mi mujer y yo estábamos en la tienda decidiendo qué hacer con nuestro futuro, los serbios daban muestras de estar muy cerca de Dubrovnik.

Vivíamos en la casa de los padres de Zinka, la parte superior era la vivienda y en la planta baja teníamos instalado el taller, donde yo trabajaba junto a su padre, contigua estaba la tienda que atendía ella. Hasta entonces nuestra vida había sido cómoda, sin dificultades y muy feliz.

Recogíamos el taller, cuando un ruido espantoso hizo que se tambalease todo. ¡Eso es lo último que recuerdo!

Me desperté en el hospital, me dolía la cabeza y la pierna derecha, cuando pregunté por mi familia una enfermera me trajo una bolsa con algo de ropa y una caja conteniendo la alianza y los pendientes de mi esposa, no hizo falta preguntar más, la cara de aquella enfermera lo decía todo.

Al ver a la pequeña Ania con la caja en sus manos, volví a revivir todo aquel dolor. Cuando la abracé para consolarla pude sentir, que la apertura de la caja consiguió que se cerraran las heridas que llevaba dentro, y al contrario que con la de Pandora, de ésta no se extrajo ningún mal, comprendí que el recuerdo sería imborrable, siempre permanecerían las cicatrices, pero el odio y el rencor habían desaparecido, fue una liberación.

Estaremos en contacto.”

Esa noche no tuve que tomar la pastilla para dormir. A la mañana siguiente me levanté alegre y renovada, recordaba el sueño que había tenido en el que aparecía una mujer vestida de blanco que con una sonrisa me entregaba los farolillos rojos.

Ese día cambió mi vida.

